

# NEW LEFT REVIEW 110

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2018

	ARTÍCULO	
STATHIS KOUVELAKIS	Zona fronteriza	7
BEATRIZ GARCÍA <i>ET AL.</i>	Huelga feminista en España	39
FRANCIS MULHERN	Revoluciones críticas	43
ENTREVISTA		
FERNANDO MARTÍNEZ	Pensar por nosotros mismos	61
ARTÍCULO		
MIKE DAVIS	El historiador del clima	89
OBITUARIOS		
JULIANA NEUENSCHWANDER & MARCUS GIRALDES	Marielle Franco	137
MARIELLE FRANCO	Después de Dilma	143
CRÍTICA		
WOLFGANG STREECK	¿El cuarto poder?	151
PHILIP DERBYSHIRE	Huérfanos de Freud	163

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
d traficantes de sueños

---

[SUSCRÍBETE](#)

FRANCIS MULHERN

## REVOLUCIONES CRÍTICAS

**R**EFLexionemos sobre esto. Durante gran parte del siglo XX, durante un periodo de aproximadamente setenta años, la autoconciencia histórica de los estudios literarios profesionales en el espectro angloestadounidense ha sido radicalmente confusa. Se han tergiversado genealogías intelectuales; se han dejado de lado materiales de trabajo preciosos; las prioridades no se han establecido bien, y los alineamientos se han malinterpretado. La mayor parte de la izquierda en este campo ha evaluado erróneamente toda una situación histórica. Esto es, al menos, lo que argumenta Joseph North, en un libro cuyo título robado es en sí mismo un indicador de su propósito iconoclasta: *Literary Criticism* era –es– el título de una «historia breve», publicada hace cuarenta años por dos exponentes destacados del New Criticism<sup>1</sup>. La diferencia, tal y como anuncia el subtítulo, es que la obra de North es «política» y el relato que ofrece es, como corresponde, «delgado», o incluso podría decirse que esquelético, si se ve a la luz de la historia intelectual convencional. Pero esto es «historia estratégica» –y así se confiesa– preocupada por aclarar las «principales líneas de fuerza» en su teatro de operaciones, que no es otro que el «campo de la sensibilidad». Su propósito es ofrecer «una perspectiva rápida, sinóptica y de conjunto de los paradigmas básicos que han gobernado la crítica literaria académica en gran parte del mundo angloparlante durante aproximadamente el último siglo», con la idea de hacer una reconstrucción radical<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Joseph North, *Literary Criticism: A Concise Political History*, Cambridge (MA) y Londres, 2017; William Kurtz Wimsatt y Cleanth Brooks, *Literary Criticism: A Short History*, Nueva York, 1957.

<sup>2</sup> J. North, *cit.*, pp. viii, ix, vii.

Las figuras que aparecen en este paisaje literario y político son autores de algunas de las obras más influyentes en el campo de los estudios literarios angloestadounidenses a lo largo de tres generaciones y durante un lapso de casi cien años, desde I. A. Richards y John Crowe Ransom, Fredric Jameson e Isobel Armstrong, hasta Eve Sedgwick y Franco Moretti. Con todo, este no es el lugar donde llevar a cabo discusiones pulidas sobre corpus individuales de escritura, ni siquiera en miniatura. Los personajes de North son exponentes o «representaciones convenientes de paradigmas más amplios, que son los verdaderos objetos del análisis»; una formulación que puede provocar y a la vez desarmar a muchos. Me dispongo a seguir la estela de estas observaciones, señalando los movimientos de estos individuos emblemáticos en el esquema histórico de North, sin entrar en discusiones secundarias sobre sus obras ni sobre la representación que él hace de ellas, a excepción de un caso donde las premisas básicas de su argumento parecen quedar en entredicho.

North identifica dos formaciones de discurso y una secuencia en tres partes que dio comienzo en la década de 1920 y continúa hasta el día de hoy. Las dos formaciones son los paradigmas de North: el «estudio o erudición» [*scholarship*], por un lado, y la «crítica» [*criticism*], por otro. El primero de estos usos está bien asentado desde el punto de vista histórico, pero no obstante necesita mantenerse a salvo de engañosas asociaciones con ideas genéricas de conocimiento especializado. El objetivo de la actividad «erudita» ha sido producir conocimiento nuevo. En concreto, se trata de «los estudios literarios como producción de conocimiento sobre la cultura», siguiendo una trayectoria que se extiende desde el filólogo George Lyman Kittredge y Harvard en torno a 1910, hasta el nuevo historicismo de la década de 1980 y sus corrientes sucesivas<sup>3</sup>. En contraste, la «crítica» es una práctica intervencionista; su objetivo es el cultivo de la sensibilidad a fin de propiciar una diferencia en la cultura, que abre «modos más profundos del ser» que aquellos que se ven favorecidos espontáneamente por el orden social dominante. Una figura emblemática sería en este sentido F. R. Leavis (Lionel Trilling, aunque no muy presente en la historia de North, sería otra). Por muy variados que hayan sido –y sean– estos paradigmas desde el punto de vista interno, la cuestión estratégica fundamental en los estudios literarios es la oposición existente entre ellos, y es el cambiante estado de esa relación lo que ha diferenciado los tres periodos en la vida de la disciplina desde la Primera Guerra Mundial.

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 231.

En el primer periodo, que por razones de conveniencia podemos situar entre 1914 y 1945, la modalidad dominante en los estudios literarios académicos era la filología, que a su vez tomaba su color del prestigioso trabajo efectuado en las lenguas antiguas. Los defensores de los estudios vernáculos modernos se veían en su mayoría obligados a justificar sus propuestas en los términos fijados por aquellas pautas de rigor académico (idealizado). Pero aquellas fueron décadas asoladas por la crisis del capitalismo a escala internacional, en las que unas condiciones locales favorables podían dar resonancia a los reclamos de una modalidad emergente y contrapuesta, comprometida culturalmente y «científica» por temperamento, pero alejada de las rutinas del positivismo filológico. Las décadas de 1920 y 1930 fueron testigos del nacimiento de la crítica en tanto que disciplina. Luego, en las décadas de la larga prosperidad de posguerra, un periodo que incluyó una expansión significativa de la educación universitaria, la crítica adquirió una legitimidad institucional y los estudios literarios se convirtieron en un campo compartido informal. Aunque se produjeron fricciones y refriegas ocasionales, los académicos y los críticos ahora coexistían y, en algunos casos, incluso cultivaban pensamientos de formas híbridas. Sin embargo, a finales de la década de 1970 este orden keynesiano se tambaleaba. El neoliberalismo cosechó sus primeras victorias políticas internas en Washington y Londres, anunciando el comienzo de una nueva hegemonía que autorizaba la mercantilización de las relaciones sociales en todas las esferas, sin respetar la supuesta autonomía de la academia. La de 1980 se recuerda generalmente como la década de la Teoría, en la que los enclaves nativos fueron asediados, y en ocasiones invadidos, por devotos de nuevos conceptos y métodos, muy a menudo de origen francés –Foucault, Derrida y Bourdieu eran las figuras del tríptico–, y aclamados ampliamente como la punta de lanza de un nuevo tipo de práctica académica, «política» en su orientación. Pero el gran cambio de la época fue en conjunto diferente, tanto por su carácter como por su efecto. El nuevo paradigma ascendente era una práctica multiforme, «historicista»/«contextualista», que reafirmaba la primacía de los «estudios literarios en tanto que producción de conocimiento sobre la cultura» y que, al mismo tiempo, revocaba los característicos reclamos estéticos que habían impulsado la misión de los estudios literarios entendidos como crítica. Al final, incluso la práctica esencial de la «lectura atenta» sería puesta en tela de juicio. Por primera vez desde la década de 1920 o incluso antes, la disciplina se había convertido, de hecho, en una modalidad de monocultura. Los eruditos habían ganado<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 3.

## *Conexiones con Cambridge*

La puesta en escena que hace North de esta secuencia histórica no es –no puede ser– obvia. Sus escenarios son a veces ingleses, otras veces estadounidenses; sus generalizaciones «angloestadounidenses» tienden a inclinarse más hacia Estados Unidos que hacia Inglaterra, cuando no se circunscriben simplemente a este primer país (algo que va sucediendo cada vez más). Hay, sin embargo, un escenario que es especialmente significativo: tanto como lo son dos de sus espíritus locales, cuya influencia percibida es algo más que simplemente «emblemática». Cambridge aparece aquí en su aspecto consabido, en tanto que lugar de nacimiento de la llamada Revolución crítica, e I. A. Richards está allí en su papel bastante menos recordado de innovador intelectualmente decisivo de aquella revolución<sup>5</sup>. Richards se sitúa en el núcleo moral del argumento de North: por su rechazo de la noción kantiana de la estética como reino de los objetos desinteresados, autosuficientes, así como por su insistencia, en contrapartida, en la continuidad de la estética y de otras manifestaciones de la experiencia humana. Richards es, por lo tanto, aquel que puso la lectura y sus contextos en el centro de la atención, y quien concibió la *Practical Criticism* en tanto que diagnóstico y terapia de lectura, algo que luego se generalizaría como procedimiento esencial del estudio literario. Desde luego, según defiende North, su importancia es tanto histórica como potencial. La divergencia estratégica de Richards, una especie de «psicología aplicada» orientada al «valor de las artes», fue olvidada. De esta forma, los preceptos kantianos de la *New Criticism* y la fijación leavisiana con lo canónico pasaron a ser percibidos como la sustancia necesaria de la razón estética como tal (para luego ser rechazados automáticamente por esos mismos motivos). Aquella divergencia de Richards sigue siendo, a pesar de todo, una inspiración para un nuevo giro crítico.

El segundo espíritu, una presencia familiar que aquí se antoja extraña, es Raymond Williams. North lo caracteriza como el pionero del nuevo paradigma consistente en la reformulación de los estudios literarios en tanto que búsqueda del conocimiento cultural en términos

---

<sup>5</sup>T. S. Eliot aparece solo en un apéndice, siendo el primero de los críticos de principios del siglo XX y, en su calidad de poeta, una referencia importante para los críticos que vinieron después, pero no un progenitor intelectual de la nueva línea. El apéndice «era inicialmente una nota al pie», nos informa North con alegría, «pero luego me arrepentí», p. 213.

estrictamente historicistas-contextualistas, así como en un distanciamiento crítico y fundamentado con respecto a la ideología de lo estético. Williams insistía en la realidad del «indisoluble todo social histórico»: este fue el gran tema de su obra *Marxism and Literature* (1977), cuyo corolario era su rechazo de lo estético como una abstracción ilegítima, idealizante, del proceso antes mencionado. Algo más tarde, en una ocasión, en el curso de una entrevista con la *NLR* incluida en el volumen *Politics and Letters*, Williams reconocía que en algún lugar del campo histórico de la escritura podrían tal vez hallarse diferencias y continuidades discernibles y susceptibles de aceptarse legítimamente como «estéticas»; se trató, sin embargo, de un momento puntual sin mayores consecuencias, de modo que el rechazo rotundo de la estética pasó a ser la postura estándar y avanzada. En un ulterior movimiento «local», Williams llegó a leer la crítica práctica de Richards de forma retrospectiva, a través de F. R. Leavis y su hiperbólico «escenario del juicio», y de esta forma la leyó mal: llegó a la conclusión de que también la «crítica» debía ser categóricamente rechazada. Así, Williams reconfiguró los «estudios literarios en tanto que análisis cultural»: historia, teoría y sociología, pero no crítica. Según la versión más difundida, y compartida a derecha e izquierda, estos argumentos eran expresiones vanguardistas de un movimiento progresista, que culminaría en «una victoria local contra los elitismos de la crítica de mediados del siglo XX». Sin embargo, North defiende justo lo contrario:

El giro hacia el paradigma actual, efectuado a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, fue sintomático de un repliegue más amplio por parte de la izquierda durante el periodo neoliberal y, por lo tanto, una pequeña parte de la victoria más general de la derecha<sup>6</sup>.

El radicalismo del nuevo régimen ha sido en gran medida verbal y, con frecuencia, dado al autobombo. La ambición de intervenir en favor del cambio deseable en el terreno de la sensibilidad ha dado paso a una práctica de la «observación» o de la sintomatología cultural —«diagnóstico» sin «terapia», según la terminología ricardiana de North. El nuevo paradigma se orienta hacia el tipo de producción que la academia neoliberal puede manejar con mayor facilidad: el conocimiento positivo, a veces incluso cuantificado; podrá ser «radical», pero crítico, no.

---

<sup>6</sup> J. North, *Literary Criticism: A Concise Political History*, cit., p. 3.

### ¿Más allá del contextualismo historicista?

En opinión de North, el contextualismo historicista, a pesar de toda su etiqueta de radical, es una adaptación defensiva a un entorno académico cada vez más implacable (se trata de un juicio duro, desde luego, pero lo importante es que es un juicio cualificado). Afirmar simplemente eso significa también reconocer que la causalidad que aquí opera es contingente, y no expresiva; y que la resolución característica del paradigma académico puede no capturar del todo los impulsos de los estudios literarios actuales. En consecuencia, North pasa del sentido común del periodo a su «inconsciente crítico». Alterando de esta manera un tema propio de Fredric Jameson, y tomando como inspiración metodológica la distinción de Williams entre formaciones culturales dominantes, residuales y emergentes, North vuelve el historicismo dominante contra sí mismo, rastreando entre su colección de tendencias disidentes en busca de señales para nuevos puntos de partida. Distingue tres corrientes generales de desafección.

La primera, asociada con el «New Aestheticism» o el «New Formalism», aboga, a menudo desde la nostalgia pero a veces de forma genuinamente nueva y desafiante, por una reafirmación de los valores críticos que el nuevo paradigma descartaba: la estética como valor genérico y norma de discriminación, y el placer como elemento intrínseco de la experiencia estética. La «estética radical» de Isobel Armstrong es el ejemplo paradigmático. La segunda corriente, que a menudo se solapa con la primera, expresa la insatisfacción con los códigos de lectura predominantes —«sintomáticos» o «paranoicos», códigos que North prefiere denominar «diagnósticos»— y propone con vehemencia otros, más íntimos y positivos: la lectura «reparadora», «cooperativa» ; o, de nuevo, «atenta». Y se pide también que se preste la atención debida al momento del sentimiento en la experiencia literaria. Eve Sedgwick, D. A. Miller y Lauren Berlant patrocinan respectivamente las alternativas. Por último, está la tendencia que parece surgir del corazón del propio paradigma erudito y sobre la que North selecciona una pequeña antología de ejemplos colectivamente impulsados, todos ellos tendentes a dar rienda suelta a las ambiciones historicistas a escalas históricas cada vez mayores o más distantes. North llama a esta tendencia «ambición de expansión» y observa su carácter predecible y cíclico, que sugiere un fenómeno de frustración en lugar de ruptura, una vocación generalista que sirve de sustituto de una disciplina que se condena a sí misma a la especialización y a la

ramificación. En esto, repite el gesto de las nuevas tendencias presentes en la estética y en la lectura, donde las críticas y las revisiones locales son de nuevo sintomáticas: registros desplazados de insatisfacción con el paradigma predominante en su conjunto, unido a la pérdida histórica de un programa para la crítica que sea factible.

La condición general que propició tal pérdida fue el predominio del neoliberalismo en la academia angloestadounidense, y la posibilidad de su recuperación futura, en cualesquiera términos, será del mismo modo facilitada o limitada por las relaciones fundamentales de fuerza en el orden ético-político del capital. North concluye con una estimación de las condiciones probables y de las posibilidades que puedan verificarse en los próximos años. Mientras insiste en que la fase doctrinaria-eufórica del neoliberalismo ha finalizado ya, excluye la opción estratégica de un retorno al *welfare* generalizado, por no hablar de una salida contingente del capitalismo. La fatídica consecuencia de ello es que las razones históricas de la educación liberal, la justificación para una inversión social significativa en las humanidades en tanto que «leal oposición», se ve drásticamente debilitada a todos los efectos y de forma permanente. En estas condiciones, las perspectivas para una renovación de la misión crítica no son buenas. En el peor de los casos, el paradigma erudito perfeccionará su hegemonía sobre los estudios literarios. Más probable es tal vez que el equilibrio realmente existente entre los intereses académicos se vea ratificado como un orden de prioridades aceptable: una «modernización» sin «movilización», según la deslumbrante frase de North. Al mismo tiempo –amarga paradoja–, constatamos las oportunidades discernibles que ofrece el propio capital: los comunes, los «jardines del esfuerzo colectivo», animados a golpe de sonrisa para ser explotados a su debido tiempo, que podrán luego ser destinados a otros usos, o a cubrir las demandas de nuevas élites corporativas en busca de nichos en forma de educación liberal al viejo estilo, o de «puntos de apoyo» de alguna índole. Lo que se haga con cualquiera de estas oportunidades, si es eso lo que son, dependerá de otro tipo de recursos, tanto en términos morales como prácticos, y, en concreto, de «las alianzas con la izquierda fuera de la disciplina, ya que del éxito o fracaso de un movimiento general y de amplio espectro dependerá en último término todo movimiento crítico dentro de los estudios literarios»<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 211.



## *El estatus del conocimiento*

El libro de North anima a emitir juicios que nos resultan familiares sobre un caso que, sin embargo, no es tan familiar: es, en conjunto, un modelo en la materia. En su muy concentrado esfuerzo por entender el presente estado de cosas a partir de su constitución histórica y por evaluar las probabilidades emergentes tanto en términos realistas como genuinamente críticos —esto es, no pragmáticos—, se trata de una iniciativa ejemplar en una política de la cultura de izquierda. Es también ejemplar por su estilo directo, por su frescura libre de la inquieta retórica intradisciplinar que a menudo deforma el sentido de este tipo de textos. Esta es una obra de contextualismo historicista —no hay paradoja aquí—, que logra esquivar dos de los problemas básicos habituales en estos casos: la superespecialización y el simulacro de activismo de un cierto tipo de «política» académica. Estos rasgos estilísticos de su prosa son una bendición, pero también una necesidad, ya que *Literary Criticism* es lo que dice su título: un libro bastante significativo en general, que debe ser leído y considerado por cualquiera que, dentro o fuera de la academia, tenga un interés práctico serio en la política de la cultura literaria actual.

Es también, necesariamente, una obra realmente polémica, y no solo por el capital profesional que pone en juego. El debate que abre North toca algunas de las cuestiones más básicas que conciernen al carácter y la historia de los estudios literarios y todas ellas se relacionan con el estatus del «conocimiento» en una u otra inflexión. La primera de estas inflexiones aparece en su descripción del histórico cambio de paradigma acaecido en su disciplina, que pasó de los «estudios literarios» a los «análisis culturales». Reiterada múltiples veces, y aparentemente veraz en sí misma, esta es una de las percepciones básicas del relato de North (o más bien, dos en una, ya que el cambio no es en singular). El cambio en el objeto va acompañado de un cambio en la forma de atención: la literatura se disuelve en la cultura y en ese proceso viene a compartir el estatus de un verdadero objeto de conocimiento (en términos precisos y reducidos, un síntoma). Esta ordenación de ideas en el discurso de North es tan metódica que fácilmente pasamos por alto lo obvio: el hecho de que sea lo que fuere lo que une sus elementos, no es la necesidad lógica. Ninguno de ellos incluye a los demás. Y lo que resulta llamativo, entonces, es la ausencia, en este pequeño racimo de posibilidades, de una de ellas, que es excluida de entrada, en tanto que hecho (histórico) o valor (programático): me estoy refiriendo al «análisis literario», es decir,

a los estudios literarios en tanto que conocimiento de lo literario. Se trata de un conocimiento que bien puede ser específicamente «literario» en exceso, como algunos dirían: los estudios en prosodia y los estudios en retórica han sido sinónimos intercambiables durante décadas, y la labor esclarecedora de Gérard Genette del «sistema de posibilidades narrativas» sería una ilustración distintiva y ampliamente conocida en una tradición de nuevo cuño, de corte estructuralista<sup>8</sup>. Pero lo cierto es que sus aparentes contrarios tipológicos en el campo de los estudios historicistas-contextualistas pueden estar asimismo bien enfocados: lo que revela a sus lectores el estudio «dialéctico» que hace Roberto Schwarz del *Dom Casmurro* de Machado es una novela diferente, o incluso una novela nueva, y no simplemente otro síntoma más de Brasil<sup>9</sup>. Aquí, sin lugar a dudas, estamos ante nuevas exigencias en el campo del conocimiento literario y no es fácil imaginar una «crítica» seria y capaz que no considere estas cuestiones como algo central a su propósito, incluso cuando este se relaciona con el cultivo de la sensibilidad. Por otra parte, es imposible imaginar el propósito crítico aisladamente sin tener en cuenta una formación en estudios culturales, con todo lo que conlleva en el plano del aprendizaje positivo (la atención sostenida puesta sobre un ámbito de la obra escrita, así como la práctica de esa actividad tan exigente de múltiples aptitudes que resumimos como «lectura»). La crítica, incluso en su versión menos técnica en la obra de Leavis, ha dependido más de la tarea de los eruditos –empezando por los diccionarios– de cuanto sus defensores están dispuestos a admitir y, tal y como nos recuerda la mera mención de la sintomatología cultural, esta no ha sido en su conjunto un monopolio exclusivo de los eruditos. En este sentido, el conocimiento es, cuanto menos, la base necesaria del progreso crítico, y no una piedra en el camino.

### *El erudito-crítico*

La vida colectiva de la filología inglesa, su historia en tanto que corpus de trabajo con recursos y tareas compartidos, pero con medios y fines en conflicto, se halla también necesitada de una mayor reflexión. North postula una secuencia en tres partes: en primer lugar, un viejo mundo de empeño filológico, que es desafiado en las décadas de entreguerras por nuevos estilos de crítica; después de 1945, tres décadas de soberanía

<sup>8</sup> Gérard Genette, *Narrative Discourse*, Londres, 1980, publicado originalmente en el tercer volumen de su obra *Figures* (1972).

<sup>9</sup> Roberto Schwarz, *Two Girls and Other Essays*, Londres, 2013.

compartida; y entonces, a partir de finales de la década de 1970, la formación de una hegemonía disciplinaria de nuevo cuño, el paradigma historicista-contextualista, que prevalece hasta el día de hoy. Hay bastante que decir en apoyo de esta construcción. Sin embargo, solo una pequeña alteración en la perspectiva nos lleva a una evaluación diferente. Los eruditos ganaron, declara rotundamente North. Y sí, desde luego, pero solo en el sentido relativo de renovar un poder que nunca llegó a debilitarse de manera decisiva. El paradigma del conocimiento no había dejado de ser dominante, extremo que confirmaría una somera lectura de los archivos de las *PMLA*, de la *ELH* o del *Review of English Studies*<sup>10</sup>. Un pequeño recordatorio de la figura de Frederick Wilse Bateson, sin duda la ausencia más significativa en la selección de «representaciones convenientes» de North, sugiere una lectura corregida de la historia<sup>11</sup>. El apunte cronológico de referencia es en este sentido el Año Nuevo de 1951, cuando Bateson lanzó una nueva publicación de estudios literarios, *Essays in Criticism*. El título era arnoldiano, pero el propósito particular de la iniciativa de Bateson no era otro que promover el trabajo del tipo ideal de profesional híbrido que él llamaba «erudito-crítico» en agudo contraste con el ejemplo de la revista *Scrutiny* y su figura principal, F. R. Leavis, con quien había zanjado sus diferencias por vez primera quince años atrás. El orden de la designación de Bateson, «erudito-crítico», era consciente y enfático: un buen erudito-crítico debía ser en primer lugar un buen erudito; había muy pocos críticos-eruditos que fueran buenos.

En el espacio de unos pocos años *Scrutiny* había decaído, mientras que *Essays in Criticism* se había embarcado en su larga carrera como publicación de gran prestigio en la corriente predominante de los estudios de literatura inglesa. El simbolismo de estas trayectorias contrapuestas parece claro. *Essays in Criticism* era tanto una iniciativa modernizadora

---

<sup>10</sup> Las revistas *Publications of the Modern Languages Association* (fundada en 1884) y *English Literary History* (fundada en 1934) se conocen exclusivamente por sus iniciales. La Nueva crítica floreció a una cierta distancia del núcleo de la profesión, en revistas literarias de peso lideradas por críticos-poetas, como John Crowe Ransom en *Kenyon Review* durante las décadas de 1940 y 1950, y Allen Tate, que jugó un papel decisivo a la hora de refundar la mucho más antigua *Sewanee Review* en la década de 1940.

<sup>11</sup> Su nombre impreso aparece como «F. W.», o si no como Freddy. Bateson (1901-1978) estudió en Oxford y Harvard. Trabajó durante muchos años en la *Cambridge Bibliography of English Literature*; sus trabajos académicos incluían ediciones de Congreve y Pope. Asimismo, editó el volumen colectivo *Towards a Socialist Agriculture*, publicado por el Left Book Club en 1946.

—una controlada asimilación de la «revolución crítica»—, como un movimiento de restauración, que ordena los temas a la vieja manera de los estudios literarios. No fue este el único vuelco del género. Algo similar volvió a suceder treinta años más tarde, cuando la agitación de la Teoría comenzó a amainar y surgió el New Historicism. En cada uno de los dos episodios de conflicto, separados por medio siglo, las normas predominantes en la disciplina fueron atacadas —primero desde la «crítica», luego desde la «teoría»—, y en ambos casos el conflicto se resolvió recurriendo a la historia de la literatura en sentido amplio, es decir, al conocimiento positivo de los «estudios literarios».

Ese conocimiento ha sido el alimento básico de la investigación en estudios literarios durante la totalidad del siglo xx, y a menudo una prueba fundamental para evaluar las opciones rivales presentes en la disciplina. El test se ha aplicado a menudo de forma obstruccionista, según concepciones mistificadas, y desde la simpatía hacia intereses sociales conservadores, pero también ha dejado un margen para puntos de partida progresistas. Durante las décadas de ocupación de los espacios institucionales por parte de los estudios literarios, en el siglo xx y desde entonces, los registros acumulados son tan heterogéneos e irregulares que el término «conocimiento», en singular, resulta ya engañoso. Las actividades diferenciadas de la crítica y de los estudios especializados podrían, en ocasiones, llegar a polarizarse, y los intercambios entre Bateson y Leavis son buena muestra de ello<sup>12</sup>; pero en el otro extremo había casos en los que ambas actividades coexistían de forma fluida y productiva<sup>13</sup>. Tanto en un paradigma como en el otro, los conflictos internos fueron al menos tan importantes como los que enfrentaron a los paradigmas entre sí, y estuvieron dotados de un mayor significado general. En ambos casos, las iniciativas perturbadoras partieron de la izquierda.

Dentro del paradigma del «conocimiento», el desafío más temprano proveniente de la izquierda, que fue formulado por vez primera en la década de 1930, fue el del marxismo, cuya presencia teórica y política en el relato de North es, si tenemos en cuenta su estatus objetivo de pretensión de reordenamiento de todo el campo del conocimiento social, sorprendentemente débil. Esto se debe, por un lado, a un procedimiento que se fija en lo que la academia angloestadounidense estaba publicando, pero no

<sup>12</sup> Véase F. Mulhern, *The Moment of «Scrutiny»*, Londres, 1981, pp. 158-159, 297-301.

<sup>13</sup> La carrera de Frank Kermode, experto en el Renacimiento, crítico, teórico, editor y autor de reseñas, fue ejemplar por su diversidad y alcance.

en lo que dicha academia estaba leyendo y enseñando<sup>14</sup>, y, por otro, a una propuesta homogeneizadora del «paradigma» en tanto que principio de construcción histórica. En todo caso, es algo que ciertamente facilita la postergación de las iniciativas marxistas en este campo (en el caso de Raymond Williams, una postergación de veinticinco años). El Williams que aparece en el relato de North es esencialmente el autor de *Marxism and Literature* (1977). Esta, sin embargo, era una obra tardía, que tenía algo de recapitulación, y que se retrotraía, en sus preocupaciones teóricas más importantes, hasta finales de la década de 1950 y *The Long Revolution* (1961), y aún más atrás en el tiempo, hasta un periodo de colaboración –y podría decirse que de prueba– entre Williams y el propio Bateson, en su calidad de editor de *Essays in Criticism*.

El giro «historicista-contextualista» de Williams, que fue desde luego tal, supuso una reanudación temprana de un trabajo teórico e histórico en torno a problemas que se habían sembrado en los años de la guerra, y que llevaron a una primera gran declaración a finales de la década de 1950, prácticamente una generación antes del giro neoliberal de la cultura atlántica en general. Se trataba, específicamente, de un giro hacia un materialismo histórico congruente y capaz, una intervención efectuada por un escritor que se identificaba políticamente como comunista y que trabajaba fuera de la academia propiamente dicha en el campo de la educación para adultos. Y se trataba también de un giro crítico, no solo en virtud de sus implicaciones para el orden existente del conocimiento, sino en términos que les resultarán familiares a los lectores de la defensa que hace North de Richards, o a los más recientes proponentes de la «estética radical» no kantiana. *The Long Revolution* se abre con un capítulo titulado «The Creative Mind», que sostiene la tesis de que no hay ninguna «visión privilegiada» o «especial», ni artística ni de ninguna índole; y que toda visión es «ordinaria» y ninguna es «natural»; las «maneras de ver» deben ser formadas y reformadas en un proceso de comunicación y aprendizaje.

Consideraciones metateóricas como esta se hallan en un extremo del espectro de trabajo, que se extiende a través de la historia literaria y cultural, abarcando todo tipo de medios, desde la actividad eminentemente práctica de escribir novelas –ocho en total– y periodismo intelectual. En el otro extremo se amontonan las más de doscientas reseñas de libros

---

<sup>14</sup> Aquí, de nuevo, toda una serie de revistas, tales como *PMLA* o *College English* nos dicen más acerca del estado real del campo que montones de libros.

que escribió para el diario *The Guardian*, así como la serie de sesenta participaciones mensuales en televisión aparecidas en el semanal *Listener* de la BBC. No había ninguna «erudición» separada en este registro de trabajos, ni tampoco el hábito de bruñir la propia actividad profesional y llamar a eso política. Trabajando según el espíritu de Marx, Williams comprendió que, aunque el conocimiento no es en sí mismo una intervención política, en ausencia de él no puede haber estrategia ni táctica bien ponderada. El conocimiento es tanto positivo como especulativo, y se extiende a eso que tanto los críticos literarios como los eruditos han llamado «imaginación», de lo cual dan buena fe los importantes ensayos sobre ficciones futuristas y utópicas escritos a finales de la década de 1970<sup>15</sup>. Este Williams, que pensó en sí mismo simplemente como «un escritor» y no como el autor abstraído de *Marxism and Literature*, bien podría ser un símbolo apropiado para la práctica intelectual radical por la que ahora aboga North.

### *La elusión estética*

En un aspecto crucial, por supuesto, la elección sería errónea: Williams no dedica un segundo a la noción de estética, que para North es un elemento necesario –y tal vez esencial– en el plano de la sensibilidad, el terreno sobre el que la crítica radical debe ponerse a trabajar. F. R. Leavis solía decir que está en la naturaleza de las palabras más importantes el resistirse a la definición, y North, al menos en esto, es discípulo suyo. El término «estética» ocupa la entrada más larga de su índice, pero nunca llega a adquirir un sentido claro y estable en el cuerpo del libro. North defiende una estética no kantiana, «materialista», del tipo de la anunciada por Richards, si bien no queda claro por qué esa «psicología aplicada» debería ser calificada de «estética», a no ser por simple reconocimiento de que los materiales pedagógicos empleados son artísticos. Se puede dar por sentado una fuerte asociación con lo literario, aunque sus motivos no estén tan claros como a menudo se piensa. Una caracterización de pasada de la «educación estética» sugiere una tendencia familiar a la afectación, junto con el cultivo de la autoconciencia. En un momento

---

<sup>15</sup> R. Williams, «Utopia and Science Fiction», en *Problems in Materialism and Culture*, Londres, 1980 (publicado ahora como *Culture and Materialism*, Londres, 2005), y «The Tenses of Imagination», en *Writing in Society*, Londres, 1983, ambos ensayos escritos en 1978. Véase también su reseña de Richard Hoggart, *The Uses of Literacy*, en «Fiction and the Writing Public», que apareció en la revista de Bateson, *Essays in Criticism*, vol. 7, núm. 4, octubre de 1957, y luego en R. Williams, *What I Came to Say*, Londres, 1989.

dado, North hace una pausa para admitir «hasta qué punto todos estos gestos han sido *meramente* gestuales»<sup>16</sup>. A tenor del desarrollo del argumento de fondo, podría parecer que la categoría de lo estético ha caído de hecho en una redundancia conceptual, pero que se mantiene aferrada a sus antiguas asociaciones gracias a un prestigio que aún sobrevive y que permite que un término residual siga presente en la discusión.

Pero la modestia de North es exagerada. La cualidad que une a todas estas asociaciones en este caso es su contraste con el conocimiento, si bien ahora no nos referimos tanto a las pretensiones de «erudición» del conocimiento teórico y empírico, sino a la relación con el conocimiento que es característica de esa generalidad llamada «ficción». Más que la vieja «literatura», con sus formas cambiantes, o la más estricta «poética», que es tal vez la aproximación lingüística más cercana a la instancia de la estética, la ficción es probablemente la categoría que enmarca el tipo de práctica que busca North: una práctica comprometida tanto con el descubrimiento como con la promoción de un cambio en la subjetividad. La ficción en tanto que modo discursivo es el reverso de la cultura racional, pero en un sentido que se aparta de las posturas vitalistas y antiintelectuales del género, dada la dislocación epistemológica que provoca al suspender el principio de no contradicción. Puede verse como la realización del fabuloso tetralema, una figura lógica en la que las afirmaciones pueden ser (i) verdaderas, (ii) falsas, (iii) tanto verdaderas como falsas y (iv) ni verdaderas, ni falsas (dando lugar a un sinnúmero de articulaciones entre los cuatro estados, incluyendo, en principio, la suma de todos ellos).

A un programa educativo que no equie a los lectores para que puedan analizar e interpretar las formas textuales de semejante lógica (las cuales no dejan de ser fenómenos característicos de lo literario) le faltaría algo importante, esto es: una formación actualizada en el arte de la «apreciación». Pero esa cualidad, no menos que las otras capacidades que habrán de desarrollarse en la educación crítica, es seguramente el propósito de la «lectura atenta», que en su acepción más básica quiere decir, simple y llanamente, prestar la debida atención. Situar la cuestión de la crítica en el espacio de la ficción no significa minusvalorar el trabajo en el campo de la «sensibilidad», sino insistir, a contrapelo de mucho sentido común crítico, en la ineludible parte de conocimiento, válido o no, que hay en toda cultura: los esquemas conceptuales que, según se afirma, había en las invenciones y observaciones

---

<sup>16</sup> J. North, *Literary Criticism: A Concise Political History*, cit., p. 109 (las cursivas son suyas).

de las propias ficciones, tanto como los esquemas conceptuales dedicados a comprender las modalidades y contextos de funcionamiento de aquellas ficciones en tanto que retórica en la historia.

### ¿Una agenda práctica?

Más allá de cualquier discusión sobre las bases fundamentales de un nuevo paradigma crítico y de sus relaciones con las posiciones predominantes en el campo de los estudios especializados, está la cuestión de la implementación. North busca un punto de partida audaz, que merezca el apelativo de «radical». Pero también insiste en la necesidad de que tenga un carácter práctico, «activista», so pena de que la iniciativa termine siendo otro mero gesto más sin efecto alguno en la política de la subjetividad del mundo real. De esta forma –y esta sería una tercera aspiración–, se compromete a efectuar una evaluación realista de las situaciones. Sus conclusiones finales acerca del «futuro de la crítica» ilustran la gran dificultad que conlleva respetar las tres condiciones en un esquema cohesionado, si no es en circunstancias tan inusuales que haya pocas razones para esperar que tomen forma o duren demasiado. Incluso si los estudiosos de la literatura fueran menos heterogéneos y menos pragmáticos de lo que North supone y, por lo tanto, bastante más proclives a considerar su punto de vista –a pesar del conflicto de prioridades y demandas en el campo de la enseñanza y la investigación–, seguiría habiendo poderosas razones de carácter general que harían difícil que el nuevo paradigma pudiera levantar el vuelo.

Una de ellas es que las panaceas académicas liberales heredadas de las décadas de entreguerras y luego democratizadas –gracias a medidas como la *Servicemen's Readjustment Act* de 1944 (aprobada para favorecer el acceso a los estudios técnicos o universitarios de los soldados desmovilizados que habían combatido en la Segunda Guerra Mundial) y, una década más tarde, las reformas inspiradas por el denominado Robbins Committee en el Reino Unido– han quedado desautorizadas. Se puede discutir hasta qué punto las políticas que se fomentaron en las décadas posteriores a 1945 obedecían a inercias o a una verdadera intención (North parece exagerar el peso de esta última tesis), pero de lo que no hay duda es de la fuerza de la reestructuración consciente, que ha dirigido los cambios académicos acaecidos desde la década de 1980. El *ethos* actual de la universidad –que, allí donde no reina ya, con seguridad se está gestando– es el del liberalismo sin liberalización, donde los estudios literarios y las



humanidades en general han perdido la mayor parte, cuando no ya la totalidad, de su justificación histórica. La tenaza formada por el mercado y los gestores burocratizados —que interpretan en sus facultades las necesidades proclamadas por aquel— está encogiendo el nicho que daba cobijo a estas disciplinas. (La gran excepción a esta tendencia ha sido el *boom* de la escritura creativa, una disciplina liberal «suave» y muy ridiculizada pero vigorosa, pues el tráfico de sueños es lucrativo). North verbaliza el pensamiento desesperado de que la provisión de lujo del mercado de las artes liberales puede terminar siendo la salvación de, al menos, algo de lo que él defiende, pero a todas luces esa provisión sería hecha a medida y su demanda provocada por el señuelo del prestigio, siguiendo unas percepciones convencionales de lo que es la calidad: ilusiones y ladrillo viejo. Para los prestigiosos centros de la Ivy League y demás universidades del género, también en otros países e incluyendo las universidades disidentes, este es un resultado que les puede resultar práctico y conveniente, pero que desde luego no servirá —no ha servido— para prevenir los recortes y desmantelamientos crónicos de instituciones públicas necesitadas permanentemente de fondos y patrocinios.

En su análisis de las probabilidades históricas basado en conjeturas, North no concede demasiada importancia al privilegio institucional por el lado de la oferta; y en sus páginas finales hace una completa abstracción de cualquier consideración probable en términos institucionales, para imaginar, en cambio, una situación en la que «algo parecido a un paradigma para la crítica propiamente dicha logre afianzarse» en la academia, y en la que las condiciones políticas emergentes permitan un poco más de margen de maniobra. Este afianzamiento no debe confundirse con el actual estado de cosas, que testimonian que los «estudios literarios siguen siendo uno de los escasos lugares del mundo angloparlante» donde «la izquierda propiamente dicha tiene algo parecido a un anclaje institucional». El radicalismo ha sido en su mayor parte retórico y los beneficios intelectuales a menudo pírricos, pero a pesar de todo quizá sea posible que «una forma genuinamente radical de paradigma crítico pueda echar raíces». North insiste en el alcance necesario de esta crítica y cuando hace un elenco de los requisitos básicos —«un programa de investigación claro y coherente, unido a una nueva y rigurosa pedagogía», una nueva «síntesis intelectual» de las «contracorrientes» actuales, «la creación, o redirección, de una serie de sedes académicas y recursos institucionales»— resulta obvio que su proyecto pide algo más que un «anclaje», por no decir el anclaje en un anclaje que en sí mismo

sigue siendo una meta y no un comienzo ya logrado. Ello implicaría una refundación de los estudios literarios, y esas reiteraciones tienen algo de recesivo. Hay más esperanza que cálculo en este programa, que en el espacio de unos pocos párrafos ha virado hacia un registro más oscuro, cuando North imagina «la respuesta que exigiría un proyecto de formación disciplinar genuinamente radical, y no liberal, si este fuera a establecerse de forma amplia». La condición del éxito en «cualquier tarea de resistencia genuina» conforme a este nuevo paradigma será «la fuerza y la flexibilidad de su articulación con un movimiento progresista de más amplio espectro», nos dice, «si es que este llega a darse»<sup>17</sup>. De nuevo, la visión de una práctica intervencionista lúcida y audaz aparece en el horizonte, para luego desvanecerse. No es por falta de optimismo de la voluntad; pero con eso no basta.

### *Una lección para Leavis*

«Optimismo desesperado» era una frase paragramsciana recurrente en los círculos de *Scrutiny* en los últimos años de la revista, y el ambiguo precedente de la «crítica» leavisiana es una presencia incómoda en la historia de North. Leavis y sus correligionarios combatieron en una larga guerra en favor de la formación de la sensibilidad tal y como ellos la entendían, y llevaron el combate hasta las instituciones centrales de la cultura literaria, incluyendo la prensa y, con un éxito mayor, a los centros de educación secundaria. Sin embargo, en las propias universidades la causa siguió siendo una pasión minoritaria, exorbitante, innecesaria, profesada por un semillero de epígonos. La radiante presencia de Leavis le daba a la causa una resonancia disciplinaria que sus discípulos universitarios, los *leavisites*, apenas podían reproducir. (Es significativo el hecho de que esta designación colectiva, *leavisites*, que ellos mismos no usaban, fuera peyorativa). Y si esta crítica, liberal con algunos tonos variables a izquierda y derecha, se le antojaba poco atractiva a la profesión en general, ¿cuáles podrían ser las perspectivas de una iniciativa izquierdista en un clima institucional menos favorable? Seguramente, no buenas. Pero el programa de North debería en cualquier caso ser más modesto y tener una orientación distinta. Hay cierta ironía en la afirmación recurrente de que en el orden académico predominante los estudios literarios funcionan a modo de análisis sintomático de la cultura: su propia alternativa sería una en la que, por muy estrictamente que definamos lo literario (¿excluyendo el cine?) y los estudios (¿dejando la escritura creativa al

---

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 212.

margen?), los estudios literarios servirían de medio dentro del propósito general de una revolución cultural. La diferencia, tal y como North nos recuerda, está entre interpretar el mundo y cambiarlo, y en este sentido el desequilibrio fundamental entre proyecto y situación institucional se revela con toda su claridad. Nada tiene más peso desde el punto de vista material que los criterios tradicionales de algunos individuos con titularidad académica permanente, unidos por el tiempo que les sobra para leer y escribir. El proyecto que se propone carece de un medio ético-político cohesionado, así como de la influencia institucional necesaria.

No es realista esperar que la crítica que North reclama, allí donde se practica, pueda ser más que una tendencia minoritaria, no colindante con ninguna demarcación dada en el mundo real, como puede ser la academia, sino definida principalmente por sus compromisos políticos e intelectuales autónomos. Aquí, de nuevo, viene a la mente el precedente leavisiano. A finales de la década de 1940, Leavis empezó a publicar los argumentos y propuestas que se convertirían en *Education and the University* (1948), un estratégico «borrador para una escuela inglesa», donde elaboró su visión de una crítica literaria que funcionara como un punto de control de un programa de educación humanístico diseñado para optimizar la resistencia minoritaria al empuje de la civilización de masas. Todo quedó en nada, tanto en Cambridge como en cualquier otra parte, y para cuando el libro apareció Leavis tenía más o menos claro que solo por haber conservado *Scrutiny* ya se podía considerar afortunado. Hay aquí una parábola. A día de hoy, se puede aprender más del ejemplo de aquella publicación activista trimestral que de un borrador que, aunque con más ambición, nació muerto. Hay más que aprender de aquel ejemplo para una práctica contrainstitucional que haga sus propias conexiones y que dibuje sus propias líneas de demarcación<sup>18</sup>; que, más allá de la academia, llegue a audiencias y colaboradores con ideas similares, y que fije su propia agenda en lugar de esperar ventanas de oportunidad en las agendas de autoridades poderosas e inflexibles; práctica que, además, hoy dispondría de un mayor despliegue de posibilidades instrumentales. Nada de esto es nuevo para Joseph North, pero la idea de la academia liberal es tenaz, la de su versión radical lo es casi en igual medida, y deja su impronta en sus razonamientos. En un libro dedicado con valentía a una idea de lo que habría de ser la crítica, esta cautela, proveniente de los últimos años de la «revolución crítica», los años de su declive, puede resultar oportuna.

---

<sup>18</sup> *Contrainstitucional* y *transinstitucional*, pero no *antiinstitucional*, un romántico fuego fatuo.